

nir y sistematizar varios hilos de la reciente investigación, Mulkay ha hecho mucho por la conjunción de dos especialidades sociológicas —la sociología del conocimiento y la sociología de la ciencia— que el antiguo tabú acerca de la ciencia natural había mantenido separadas.

Juan E. Corradi.

La autonomía de la ciencia

Maurice N. Richter, Jr., *The Autonomy of Science*, Schenkman Publishing Company, Cambridge, Massachusetts, 1980.

The Autonomy of Science [La autonomía de la ciencia] es el sugestivo título del tercer libro que este sociólogo norteamericano ha publicado durante los últimos años. En los anteriores, especialmente el que dedicó al estudio de la ciencia como proceso cultural, hemos conocido sus exposiciones dirigidas a los aspectos de la ciencia en su relación con la sociedad. Richter, en su enfoque de la sociología de la ciencia, ha tomado una de sus vertientes menos fáciles de analizar desde el punto de vista empírico, la que se ocupa de las ideas y los conceptos que son el sustrato de los aspectos organizativos e institucionales de la ciencia. Por lo general no maneja materiales mensurables, aunque hace referencia frecuente a los datos de los trabajos de otro de los planos del estudio sociológico: los análisis cuantitativos, sin los cuales la realidad social que corresponde a la actividad científica no puede ser entendida integralmente.

Antes de entrar de lleno al comentario del libro, es necesario puntualizar lo que el autor entiende por

“autonomía” en la ciencia, ya que su empleo puede sugerir una idea no pretendida y que es la que se relaciona con el enfoque no valorativo y ascético del producto cultural que representa la ciencia. Para Richter el concepto de “autonomía” no debe entenderse en el sentido de que “la comunidad científica pudiera constituirse en algún momento en una sociedad independiente y autosuficiente, sino más bien en la presencia de una relación que une a la ciencia con los otros componentes de la sociedad y que le permite desenvolverse en direcciones que no siempre pueden ser controladas por esos otros componentes”.

Los ocho capítulos que integran el libro están dirigidos a comprobar este concepto de autonomía y su tratamiento se resuelve en el capítulo final que constituye un resumen de lo que se desarrolla en los siete precedentes, particularmente a partir del cuarto de ellos; que indudablemente son los de mayor atractivo por su novedad.

Para quienes hemos dedicado ya algún tiempo al estudio de la ciencia y su quehacer, este trabajo de Richter presenta dos planos en su tratamiento que parecerían estar dedicados a dos núcleos de estudios: la primera parte —hasta el capítulo tres— recoge algunos conceptos comunes a la sociología de la ciencia como son los relativos a su crecimiento o desarrollo, su organización interna y sus relaciones externas. Los puntos e incisos que se desmenuzan en cada tema han sido tratados constantemente en los trabajos de carácter teórico, en algunos de ellos con mucha mayor profundidad y originalidad, como lo han hecho el sociólogo inglés Michael Mulkay o el colega búlgaro Niko Yahel, por mencionar sólo a los más recientes, o en años anteriores el propio Merton o Ben-David. Lo anterior no significa que esta primera

parte no sea valiosa, en primer lugar, como antecedente para interpretar y entender la presentación subsecuente; en segundo, para precisar al estudiante y al estudioso de esta rama sociológica algunos de sus conceptos y términos básicos (personal científico, comunidad científica, concepto de ciencia, organización de la ciencia y su significado social). Algunos de estos términos requerirían, desde nuestro enfoque, una mayor profundización, si bien debemos reconocer que el autor les ha dedicado ya su atención en obras anteriores y ello justifica su actual presentación.

A partir del capítulo cuatro podríamos situar el libro en su segundo plano, el de mayor originalidad, si bien el seguimiento de los centros científicos a través de su desarrollo histórico recuerda mucho el trabajo que realizó Ben-David en su concepción de que, en el desarrollo de la ciencia, se puede precisar un desplazamiento de sus centros hegemónicos a partir del momento histórico en que se entroniza la observación y la experimentación en la Italia del siglo XVII. Si bien hay una similitud de enfoques, Richter introduce en su presentación su tesis básica: destacar los aspectos relevantes que permitan entender y ubicar el concepto de la autonomía científica, en tanto que el análisis de Ben-David se centra en el surgimiento de la actividad científica y del papel del científico en el entorno social de cada uno de los centros científicos tradicionales.

La breve revisión histórica de Richter no permite una clara determinación de los rasgos sociales y culturales que dan lugar a la autonomía de la ciencia en cada uno de los países en que ésta ocupó un lugar de preeminencia, sin embargo, señala o indica la estrecha relación entre el desplazamiento de la hegemonía científica y el decaimiento de otros com-

ponentes de lo social, en especial los cambios políticos y administrativos que propiciaron el que se opacara en cada país y en cada época el florecimiento de la actividad científica y el que ésta se ubicara o desplazara hacia contextos sociopolíticos más favorecedores.

El seguimiento geográfico del desarrollo científico a lo largo de las etapas históricas conduce a la época contemporánea con el advenimiento de Estados Unidos como centro hegemónico de la ciencia. En relación a ese país, el autor dedica algunos de los capítulos a un detenido examen de: a] las situaciones sociales y políticas que dieron lugar a que se considerara a Estados Unidos como el centro científico; b] la situación organizativa de la actividad científica en diferentes etapas de su desarrollo en esa nación, con especial énfasis en el apoyo y soporte a esa actividad durante las etapas pre y posbélicas y en la etapa actual, la que —extrañamente— se presenta en un apéndice al libro cuando bien debiera haber podido constituir el último inciso del capítulo en que se revisa la situación de la ciencia en Estados Unidos.

En forma similar, aunque de menor profundidad en el análisis, pero de mayor interés para el estudioso por la poca información de que se dispone, son los dos capítulos que se refieren a los sistemas científicos en la Unión Soviética y en la República Popular China.

El estudio de la ciencia en la Unión Soviética recalca básicamente las dos etapas contemporáneas: la de la época estalinista y la actual. En la primera de ellas predominó un marcado control ideológico sobre los conceptos y las teorías, que se agudizó y ejemplificó en dos campos: el de la genética y el de la lingüística. El caso Lysenko es bien conocido por todo

estudioso de la ciencia, y en el libro que reseñamos se hace una breve pero interesante presentación de los hechos más destacados de este episodio que muestra, con absoluta claridad, el peligro que representa la inclusión política ideológica de carácter tendencioso y autárquico en el terreno de la investigación científica. De interés académico para el entendimiento de las relaciones entre los diferentes sistemas sociales es el análisis interpretativo que Richter presenta del tratamiento diferencial que durante el período estalinista se dio a diferentes disciplinas, en especial a las de mayor significado social para la época: la física nuclear y la genética y en menor escala la lingüística, y de cómo el control ideológico tuvo éxito en una y no prosperó en las otras. Los factores que propiciaron el control sobre la genética son expuestos por Richter, quien parte de la interpretación de Joravsky y la amplía, al ubicarla en un contexto eminentemente social en el que concurrieron, según el autor, no sólo la impaciencia política ante los continuos fracasos de los biólogos en la búsqueda de soluciones decisivas a la crisis agrícola soviética, sino, además, la presencia de grupos ocupacionales no científicos pero con suficientes conocimientos prácticos en las labores relacionadas con lo agropecuario, que les permitía demandar y exigir soluciones y que por ello mismo se consideraban con una cierta experiencia científica, en ocasiones errónea, en el campo de la genética. Otro factor radicaba en "la estrecha relación entre la disciplina involucrada y varios aspectos sociales con implicaciones ideológicas".

La revisión del sistema científico soviético concluye con una presentación sumaria de algunos rasgos de la organización científica contemporánea y actual, con énfasis especial en el papel que le ha tocado desempeñar a

la Academia de la Ciencia. El rasgo más sobresaliente de este inciso consideramos que radica en la comparación entre el sistema científico norteamericano y el soviético y las ventajas y desventajas que el uno y el otro presentan en el desarrollo de la actividad científica.

Con una estructura similar se ha enfocado la parte del libro dedicada al sistema científico chino, incidiendo aquí el aspecto comparativo que se da entre el sistema soviético y el chino. Uno de los aspectos interesantes de este capítulo es su información y análisis acerca de la participación masiva en la ciencia y la participación del científico en las labores manuales, ambos aspectos, característicos del sistema chino, particularmente durante la época previa a la caída política de la "Banda de los Cuatro". Sin duda alguna que este examen de uno de los sistemas de la nación china bastaría para calificar de interesante y necesaria la lectura del libro y consideramos que, del material que contiene la obra, es precisamente esta parte la mejor lograda desde el punto de vista sociológico, ya que permite interpretar el quehacer científico en el contexto social en que se desempeña.

Una vez que el autor concluye con la exposición de los sistemas científicos de esas tres naciones, retoma su planteamiento inicial: la autonomía en la ciencia, y lo refiere a los sistemas analizados; sin embargo, no logra establecer ni resaltar la situación de autonomía en cada sistema; queda al lector realizar la búsqueda de la relación entre las características del desarrollo de la actividad científica y su aspecto de autonomía frente a los restantes factores y sistemas sociales. Concluye Richter su planteamiento teórico con recomendaciones específicas dirigidas a salvaguardar e implementar la relación entre la ciencia y la sociedad norteamericanas, recomen-

daciones que en cierto sentido podrían ser aplicables a toda sociedad en la cual la actividad científica ocupe ya un lugar importante debido a su nivel de desarrollo. Entre sus sugerencias destacan las que se refieren a: a] los aspectos de política científica; b] la responsabilidad social de la ciencia y el científico ante la aplicación de los resultados científicos; c] la necesidad de favorecer e incrementar las actitudes populares frente a la ciencia y el papel que en ello corresponde al sistema educativo nacional; d] la democratización que debe imperar en la participación en el quehacer científico, dando oportunidad de ingresar al sistema a miembros de los diversos grupos que componen la sociedad global.

En la revisión de este trabajo teórico sobre sociología de la ciencia vuelve a observarse lo que es ya una tónica general para la casi totalidad de aportaciones que provienen de los países de elevado nivel de desarrollo: la ausencia de interés por lo que sucede en los países en vías de desarrollo como si en ellos no hubiera actividad ni sistemas científicos. La respuesta a esta indiferencia se percibe ya, cuando menos en la región latinoamericana, en donde cada vez con mayor frecuencia las reuniones

para el estudio de los aspectos sociales de la ciencia excluyen la participación de estudiosos pertenecientes a los países desarrollados cuyos enfoques no se adecuan a las situaciones privativas de la región o país. A pesar de ello nos mantenemos en una actitud académica abierta y alerta en la cual todo trabajo relacionado con la temática de la sociología de la ciencia merece nuestra atención y nuestra crítica constructiva a través de la cual debemos reconocer que los trabajos nacionales en los diferentes países de la región latinoamericana que enfocan temas similares, no desmerecen frente a los que provienen de otros contextos sociales. La diferencia fundamental entre unos y otros radica en que los nuestros se ven limitados al interés y consumo de los miembros de las comunidades hispanoparlantes por las escasas posibilidades de la publicación en los idiomas internacionales, lo que se explica precisamente por el poco o nulo interés que los sociólogos de la ciencia de los países no hispanoparlantes y de alto nivel de desarrollo muestran por los asuntos latinoamericanos.

*María Luisa Rodríguez
Sala-Gomezgil.*